



## En este lado del charco

**Mauricio Gaviria**

Publicado en [www.populardelujo.com](http://www.populardelujo.com) · sección textos / bogotá | 10/2003

BOGOTÁ, Mayo 09 de 2003. Eran las ocho y cinco de la mañana cuando llegué a la estación *Santa Lucía*, la penúltima parada hacia el sur que hace la ruta 70 de *Transmilenio* antes de que se acabe la ciudad. Con anterioridad había acordado encontrarme ahí y a esa hora con *Joaquín*, un niño de nueve años a quien nunca había visto. De mí, él sólo sabía que llevaría puesta una camiseta amarilla para facilitar el encuentro, que mi nombre era Mauricio, y que tenía la intención de acompañarlo a hacer un recorrido en *zorra* por el barrio San Jorge.

Aumenté en uno el récord de salidas de la contadora y salí de la estación. Recostado en un poste de luz había un niño sosteniendo una bicicleta roja, no se movía y miraba con atención la actividad de la estación. Parecía estar esperando a alguien, pero pasó un minuto sin que el amarillo de mi camiseta le dijera nada. Entonces le pregunté si él era *Joaquín*. No.

El tiempo se estiraba, me impacienté con el temor de que el encuentro no se realizara, pero sólo llevaba cinco minutos de espera cuando lo vi: casi sin separar los pies del pavimento, con un trote rápido y desnivelado por una ligera cojera, un niño con cachucha de *jean* puesta al revés atravesó en verde el tráfico de la Avenida Caracas:

- *¿Usted es Mauricio?*

Poco después, cuando el día aún no se había decidido entre el sol o la lluvia, estaba a la izquierda de *Joaquín*, familiarizándome con la espuma húmeda que sería mi puesto durante toda una mañana de reciclaje. Estaba dispuesto a ver desde la perspectiva que tiene el trabajo detrás del olor a caballo, y listo para descubrir el mundo del pequeño que conducía la *zorra*. Empecé por disfrutar el ritmo de los cascos de *Niño*, el caballo de fuerza que le teme al agua como a nada.

*Joaquín* es el apodo de un nombre que nadie conoce en el barrio. Conocen, eso sí, al niño que todos los lunes, miércoles y viernes atraviesa en *zorra* las calles del barrio en busca de lo que ha sido despreciado como basura. Su trabajo es reciclar materiales para luego venderlos y ayudar a pagar los servicios de su casa.

- *¿Y alcanza a ahorrar?* Le preguntaría casi al final del recorrido, cuando el clima nos había cambiado el destino.

- *Sí, a veces.*

- *¿Qué hace con la plata?*

- *La guardo debajo del colchón.*

*Joaco*, como lo llama por cariño su hermana, tiene los ojos bien entrenados para reconocer a distancia la basura que merece una segunda oportunidad; el oído calibrado para detectar cualquier ruido extraño en el chasis de la carrocería de la *zorra* (a la que se refiere como “*el Mazda, el más dañado*”); las manos pequeñas pero suficientes para quitarle en pocos segundos las tres dimensiones a una caja de cartón; y los pies forrados en unos tenis blancos que de un pisotón pueden convertir una olla de cocina en una lata achicharrada.

*Joaquín* y *Niño* se conocen muy bien. El caballo no soporta el contacto con el agua si no es para calmar la sed; *Joaquín* toma ventaja de esta fobia y en vez de usar una fusta, lo arrea a las malas mojándole el pellejo asustadizo con agua de charco. *Niño* conoce de memoria la ruta de trabajo y cuando el cansancio lo vence, no hay fobia ni fusta que lo haga dar un paso más hacia adelante.

El cascabel de los cascos de *Niño* había llamado la atención de dos niños de brazos en seis cuadras y, en ese mismo intervalo, *Joaquín* había rescatado de las calles dos cajas de cartón mojadas con pegotes de harina. Hizo una primera parada en el negocio casero de una familia del barrio, y al encuentro de la *zorra* llegaron una muchacha y un niño cargados con bolsas infladas de papel, botellas de vidrio verde y pedazos de cartón; los dedos casi no les alcanzaban para sostenerlos. *Joaquín* me presentó a su hermana y a su amigo y colaborador con la naturalidad de su infancia. *Susy* me dio un saludo rápido y tímido, sin mirarme a los ojos. Me di cuenta de que estaba ocupando su puesto y me hice a un lado, pero ella se sentó detrás de mí, examinándome mientras Jason tomaba su lugar a la derecha de *Joaquín*.

La muchacha, de 18 años, llevaba puesta una cachucha de los *New York Yankees*, una camiseta de *millonarios* y un pantalón de sudadera con cicatrices de hilo azul. Jason, de 11 años, tenía un moco que jugaba a las escondidas con cada respiración, y en el muslo del dedo gordo, un pequeño tatuaje que todavía le ardía. Era la forma de la inicial de su nombre; él mismo se lo había hecho el día anterior con tinta china y una aguja desinfectada.

No alcanzamos a darnos un apretón de manos cuando Niño arrancó con un impulso frenético, obligado por el charco que Joaquín le había vaciado en dos cuotas de un vasito desechable. A las tres cuadras, después de saludarse a distancia con varios de sus conocidos, Susy y Jason descendieron de la zorra. Joaquín y yo seguimos hacia una panadería donde casi siempre encuentran cajas de cartón y tres o cuatro buñuelos regalados. Me contó cómo el recorrido siempre es igual: La zorra hace paradas obligadas en diferentes negocios de los que obtienen ciertos materiales dependiendo de la naturaleza del establecimiento, mientras que Susy y Jason exploran los alrededores en busca de algún material de interés.

Devorándose un buñuelo que casi no podía agarrar con una sola mano, Joaquín me habló de su casa. Vive con sus padres, cuatro hermanos, y un sobrinito, el hijo de Susy. “Yo soy el último pero el último es mi sobrinito que es como mi hermano”, dijo. “Todo lo mejor que encontramos es para Alex”.

La familia entera se dedica al reciclaje: Su padre, don Luis, recolecta madera y la transforma en carbón para venderse a los pequeños negocios de “pincho y arepa”; María Nelly, que con 55 años está 26 detrás de don Luis, organiza en la casa el aluminio que sólo llevan a vender cuando la cantidad es considerable; y tres de sus hermanos -Otto, el Mono y Milton- son la tripulación de otra zorra impulsada por Negro, un caballo cuyo pelaje de burro está percutido por el sol.

Cuando el único rastro del buñuelo eran los labios grasientos de Joaquín, reaparecieron Susy y Jason y su amigo por la esquina del CAI del barrio. No habían encontrado nada, se acercaron agarrados de gancho, trotando a saltitos avanzando al tiempo con el mismo pie. Le reclamaron a Joaquín los buñuelos que él había escondido con una picardía que no pudo disimular con los ojos. Acostumbrada a las bromas de su hermano menor, Susy los descubrió bajo una roída chaqueta de cuero; tomó uno para ella y el otro se lo pasó a Jason. Esta vez se sentó a mi lado y empezó a comer sin pudor.

De nuevo fustigado con el castigo del agua, Niño dio un brinco enérgico para alcanzar el trote rápido que le gustaba a Joaquín quien, alegre, imitaba con la lengua y el paladar el sonido de un carro a toda marcha. Pero esta vez Susy lo reprendió.

- ¡No le eche más agua que lo va a cansar!

El último destino del recorrido era Matatigres, el epicentro comercial del reciclaje donde todo se compra y se vende, y al que nunca llegaríamos si las energías de Niño se consumían; esa era la preocupación de Susy. Joaquín, entonces, marcó el paso con fute burlándose de la advertencia con una mueca.

Nos dirigíamos hacia su casa para descargar un poco de aluminio y alguna chatarra antes de continuar. De camino hubo un episodio que disolvió el silencio incómodo que se había gestado con el regaño.

- Mire qué piernas. Me dijo Joaquín.

Mi instinto no detectó nada llamativo, la única persona que pudo haber inspirado el comentario era una señora de unos 40 años que atravesaba, embutida en un vestido de paño café, una calle a diez metros.

- Parece un hipopótamo. Remató Susy cuando entendió el tono irónico de su hermano.

- Esa es la señora Miryam. Les dijo Jason serio y en tono de reclamo por la burla.

Pero luego él mismo no pudo evitarlo y soltó una carcajada contagiosa que le ganó a toda intención de respeto a los mayores.

Sin que nadie se lo ordenara, el caballo se detuvo antes de subir la loma empinada donde está la casa con piso de tierra, paredes de tejas y latas, y puertas de tablas de madera que le sirve a la familia Herrera como depósito y hogar.

Joaquín me invitó a conocerla, entramos por la parte trasera, atravesando un potrero alto desde donde se veían los techos ferrosos de la casa y, al fondo, los colores pastel del barrio San Jorge. Me señaló con el dedo índice el corral de los caballos, el palomar que construyó su papá y en el que “viven cien palomas”, el gallo color atardecer, la gata y los seis gatitos bebé durmiendo debajo de una cama, las fotos borrosas de familiares y amigos, su afiche del *Nacional*, su cobija con el escudo del *Nacional*, su cuarto y el de cada uno de sus hermanos, un reloj despertador en forma de violín, el *Ferrari* de plástico rojo en el que se va a montar su sobrinito cuando las piernas le alcancen, y un perro negro, lizo, que enrollado sobre sí mismo, buscaba calor sobre la tierra húmeda.

El cuarto de Joaquín tenía aproximadamente dos metros de largo por uno y medio de ancho, no había ventanas, sólo puerta. El de Susy era más amplio y organizado; estaba adornado con un cuadro de la selección de *Millonarios*, y con carteles de ositos rosados y mensajes amorosos.

Sobre su cama estaba sentado en ángulo recto el bebé con los ojos más grandes y brillantes que puede tener un bebé de un año y dos meses. Mientras Susy se peinaba sin espejo, Alex, su hijito, jugaba con un tornillo de ocho pulgadas que alcancé a quitarle, sin producir ninguna amenaza de llanto, antes de que en su boca el juego se convirtiera en emergencia.

Cuando salimos de la casa por la puerta de adelante, Jason ya había descargado lo necesario y había dejado todo bien dispuesto para continuar con el recorrido. Colgados de las rejas de madera que constituyen la carrocería, había costales para almacenar cada tipo de material: *Chiros* (pedazos de tela, ropa inservible), papel, plástico, empaques fabricados con cartón y plástico, latas de cerveza y gaseosa, *tatuco* (envases plásticos de detergentes), y papel periódico. El espacio del centro de la zorra estaba libre para más cajas de cartón, vidrios y botellas.

Eran las diez de la mañana y el camión de la basura, el mejor aliado del reciclaje, se anunciaba en el barrio con pitos estridentes.

Juan Herrera (o.c), otro hermano de *Joaquín*, es el dueño de la *zorra* que, sin caballo, costó 150.000 pesos. Para poderle sacar provecho, Herrera logró un soborno vitalicio con la complicidad del conductor y los dos recolectores del camión de *Aseo Capital*.

- *Mi hermano compró la ruta por 10.000 pesos. Dijo Joaquín. Somos los únicos que podemos recoger lo que ellos dejan.*

El pacto se cerró con la condición de que los empleados de esta empresa ignoran, a cambio de una gaseosa gratis por cada día de trabajo, todo lo que para los *zorberos* es provechoso.

Llegamos al encuentro de "el carro". *Susy* y *Jason*, aprovechando el tiempo que los hombres gastaban en cargar la basura al camión, fueron a una frutería cercana, buscando cajas de cartón y, más que todo, cualquier cosa que mitigara de nuevo el hambre que el buñuelo apenas había alcanzado a distraer. La dieta de la familia de *Joaquín* es todos los días incierta:

"*Cuando hay, mi mamá nos cocina. A veces nos hace carne, arroz y sopita*", me decía *Susy* cerrando los ojos, imaginándose la delicia con el paladar. "*De resto no comemos sino lo que nos regalan por ahí. Por la mañana salimos con un tinto y un pan, cuando llegamos tinto y pan es nuestra cena*".

Luego olvidaba el hambre y, apretándole en burla un cachete a *Jason*, había dicho: "*este si come todos los días, mírelo cómo se le nota, está gordito*".

Esta vez los dos amigos no volvieron con las manos vacías, traían una bolsita plástica llena de sobrados de cocada. Empezaron a comer mientras yo escribía fingiendo concentración hasta que *Susy*, sabiendo que no interrumpía, me extendió una suculenta manotada pegachenta. Me las comí con agrado, sin pensar en las manos sucias, y sin pesar de que no las hubieran compartido también con *Niño*; "*a él no le gusta lo dulce*", me había dicho *Joaquín*.

El camión de la basura había avanzado una cuadra y detrás de él quedaron, sin ser tocados, dos bolsas negras y una pequeña caja de madera. *Susy* y *Jason*, como de costumbre, dejaron la *zorra* y caminaron explorando las calles aledañas. Cuando su hermana se había alejado lo suficiente, *Joaquín* le robó agua a un charco que se estaba extinguiendo pues el sol se había apropiado de la mañana y, como bautizándolo, salpicó insistentemente a *Niño* hasta que logramos alcanzar con paso ágil al camión.

Ayudé a *Joaquín* a ubicar en la parte central de la *zorra* lo que habíamos divisado desde lejos. Las bolsas y la caja estaban llenas de papeles, revistas, juguetes dañados, cuadernos rayados, trabajos manuales de colegio, trozos de plástico y cosas aparentemente inservibles. *Joaquín* tenía la misión

de sacarles todo el provecho posible, me encargó sacar los plásticos de la caja y depositarlos en el costal correspondiente. Con una rapidez que yo no podía igualar, el niño llenaba el costal del papel y desechaba sin vacilar lo que no le interesaba. Pude ver cómo la noción del juego se le coló al deber del trabajo cuando, como sacados de un cofre misterioso, se guardó en los bolsillos una pistolita de metal sin gatillo, un muñequito de plástico y dos bolitas de cristal. No los examinó detenidamente, también se guardó las ganas, tal vez esperando el momento adecuado.

*Susy* se había encontrado, en su exploración, una cartera de cuero. Exagerando los gestos y el caminar de una dama de clase alta, volvió a la búsqueda de más materiales diciendo: "*Compré un bolso. Es traído de España*". *Jason* la siguió celebrándole el chiste.

Mientras tanto, yo estaba teniendo mi experiencia con la caja y los plásticos. *Joaquín* se burló de mí expresión al percatarme que tenía las manos y los antebrazos totalmente untados de excremento de gallina.

- *¡Mierda! Dije más para mí que para el mundo.*

Sin poder maldecir en voz alta y en un intento por desviar la atención de mi miseria, que tampoco incluía la posibilidad de lavarme, miré al cielo y con un suspiro de resignación dije lo primero que se me ocurrió:

- *Parece que va a llover.*

*Joaquín* se detuvo por un segundo para mirar el pedazo de cielo gris que contrastaba con el verde de los cerros inhabitados. Siguió guardando por inercia manotadas de hojas arrugadas en el costal de fique y dijo:

- *No creo, ¿quiere que llueva o que haga sol? Nosotros no somos los que mandamos, es mi Dios. El mundo es de él, él verá.*

Tenía razón, la lluvia había cedido ante el sol y para fortuna de *Niño*, todos los charcos se estaban evaporando. Seguimos por horas detrás del olor agrio del camión de *Aseo Capital*, siempre con *Susy* y *Jason* adelante, haciendo una preselección. Cuando llegamos a la plaza de mercado, el sol atacaba con rayos verticales; el calor condensado exaltaba el olor a cebo de las carnicerías, la salmuera de las pescaderías, y la cáscara de naranja que dominaba en las fruterías. *Joaquín* encontró un talego con unas cuantas zanahorias podridas que tuvieron la aprobación del olfato y el paladar de *Niño*: las devoró sin importar la incomodidad del freno metálico que se escuchaba chocar contra los dientes a cada movimiento del hocico.

Dejamos la plaza a cambio de algunas botellas vacías de champaña y una casi llena de *piña colada*. *Joaquín* estaba cansado, me pidió el favor de que fuera yo quien bajara con un brinco de la *zorra* para recoger las cajas que encontrábamos en el camino. "*Ya vamos a acabar, nos falta hacer el bastón y terminamos*", me dijo. Se refería al último tramo

que hacía el camión como dibujando en las calles la figura de un bastón. Después del *bastón*, si *Niño* no flaqueaba, continuaríamos hacia *Matatigres*.

En un último receso, después de cuatro horas de trabajo, *Susy* desgonzó la cabeza sobre la carrocería, a *Jason* le salían gotitas de sudor en el bozo, y *Joaquín* tenía cara de bostezo.

- *¿Nos gasta un jugo?* Me preguntó *Susy*.

Una tiendita que también era la casa de los dueños fue el oasis. La *zorra* estuvo parqueada mientras los cuatro compartíamos con la mudez del apetito dos paquetes de papas, uno de *cheetos* y otro de *rosquitas*; calmamos la sed con jugos amarillos de los que nunca reciclamos los empaques plásticos. Tres chocolatinas *Jet* darían paso hacia *Matatigres*.

Ya estábamos alcanzando la Avenida Caracas cuando el caballo se detuvo tercamente. La vista de la gran avenida le anunció que el recorrido continuaba, pero él no estaba dispuesto a seguir. *Joaquín* tiró de *Niño* por el bozal, le dio palmadas en el lomo, lo fustigó en las crines con el cuero de las riendas, le gritó “¡sshka, sshka!”. Pero no se movía. Entonces *Susy*, *Jason* y *Joaquín* intentaron empujar la *zorra* como si se tratara de un carro que literalmente se había varado mientras yo sostenía inútil y sin autoridad las riendas del caballo. Todos los intentos habían sido en vano; *Niño* no tenía patas ni voluntad para seguir adelante.

*Joaquín* buscó con una mirada rápida el vasito desechable donde venía almacenando los charcos de propulsión, pero su plástico cuerpo había sido estrangulado y en las calles no quedaba charco vivo. *Susy* puso de manifiesto el problema.

-*Por lo que veo no ha hecho sino echarle agua al caballo, ¿no?* Le dijo inquisidora a su hermano, apuntándole de arriba abajo con la mirada.

*Joaquín* lo negó inventando que a *Niño* le estaba doliendo una pata.

- *Estará jodiendo por la pata.* Dijo.

- *¿Cuál pata?* Preguntó *Susy* elevando el tono de voz hasta la escala del enfado.

- *Es que se le cayó ayer una herradura en el corral.*

Pero el examen incrédulo de *Susy* demostró que el caballo tenía las cuatro herraduras bien puestas, y se dio cuenta de que, a pesar de sus advertencias, *Joaquín* había seguido inyectándole impulsos forzados a *Niño*, tantos que ya no tenía fuerzas para continuar con la jornada del día.

- *Tocará venderle al muchacho de acá.* Dijo *Susy* entre dientes.

Hablaba de un joven del barrio que compraba materiales casi al mismo precio que les hubieran ofrecido en *Matatigres*. Mi

expectativa de conocer el epicentro comercial de la actividad de los recicladores se había ahogado en charcos de agua sucia.

Llegamos al lugar; una bodega sucia y descuidada atendida por un moreno que escribía con un lápiz casi sin punta. Desmontaron la reja trasera de la carrocería y cantando siempre el mismo verso de un vallenato, desocuparon sobre una pesa, uno por uno, los bultos con los materiales que habían recolectado.

Por 3 kilos de chatarra les pagaron 360 pesos; por 37 de cartón, 6.660 pesos; por 14 de papel, 980 pesos; por 1.5 de plástico, 300 pesos; y por 21 tarros de plástico, 650 pesos. Vendieron cada botella de vidrio a 200 pesos y cada lata de cerveza a 100.

Luego de una operación que no necesitó calculadora, el muchacho le pagó a *Susy* en efectivo un total de 13.200 pesos. *Joaquín* no preguntó cuánto había sido la venta, jugaba con otro niño menor que estaba maravillado con las bolitas de cristal. *Jason* montaba en una bicicleta prestada, y *Niño*, sin esconderse de nadie, inundó la acera con un charco de orín espumoso.

Eran las dos y diez de la tarde cuando tomé la ruta 70 hacia el norte de la ciudad. Me senté en un puesto que no era de nadie, soporté el calor y la suciedad que ahora cargaba mi camiseta amarilla. Empecé a sentir un cansancio infinito y, más aún, un regocijo compensatorio que no pude compartir con nadie: Alex, el bebé con los ojos más grandes del mundo, recibiría de su tío de nueve años una pistolita de metal sin gatillo, un muñequito de plástico y dos bolitas de cristal.